

de la fuerza, la habilidad y la astucia; y aquellos senadores envejecidos en medio de los terrores de la segunda guerra púnica, parecen complacerse ahora, más bien que en las armas, en esos juegos de la política, la primera de las artes italianas en todos los tiempos.

Muchas causas, por otra parte, impusieron esta reserva. Contra los galos, los samnitas, Pirro y Aníbal, es decir en defensa del Lacio y de Italia, había empleado Roma todas sus fuerzas: iba en ello su existencia; mientras sólo su ambición y orgullo tenían interés en las guerras de Grecia y Asia, y la prudencia exigía que se diera algún descanso á los plebeyos y á los aliados. Fuera de esto, tenía al mismo tiempo el senado sobrados negocios á que atender, las guerras de España, de Córcega, de Cisalpina y de Istria, para entrar á fondo en el Oriente: así, dos legiones solamente combatirán á Filipo y Antíoco. Esto será bastante para vencerlos; pero hubiera sido demasiado poco para despojarlos.

Además, desde que los romanos penetraron en aquel mundo griego, donde una antigua gloria cubría tanta flaqueza, creyeron que no podrían nunca conceder demasiado á la prudencia. Aquellos implacables enemigos de los volcos y de los samnitas no procederán ya en las próximas guerras por la devastación de los campos y el exterminio

de sus contrarios. «No venimos, decían, no venimos á derramar nuestra sangre por nuestra cuenta, sino que tomamos en nuestras manos la causa de la Grecia oprimida.» Y no cambiarán este lenguaje ni esta conducta después de la victoria. El primer acto de Flaminino el día siguiente de Cinoscéfalos, será la proclamación de la libertad de los griegos. Todo lo que llevaba este respetable nombre parecía tener derecho á su protección; y las pequeñas ciudades griegas de la Caria, de las costas del Asia y de la Tracia recibieron con asombro su libertad de un pueblo que apenas les era conocido.

Todos se dejarán prender en estos lazos ó apariencias de desinterés y abnegación, y nadie verá que devolviendo su independencia á las ciudades y á los pueblos, se proponía Roma romper las confederaciones, que procuraban reformarse y que acaso hubieran podido dar á Grecia una nueva fuerza. Aislándolas, atrayéndolas por una gratitud interesada, las ponía bajo su influencia, sin que tuvieran conciencia de ello á veces. De ellas hacía aliados, y sabido es lo que venían á ser los aliados de Roma. Así, fíale tan bien al senado con su política, que llevaba por todas partes la división y despertaba y enardecía las rivalidades extinguidas, que no siguió otra durante siglo y medio.

CAPÍTULO XXVII

SEGUNDA GUERRA DE MACEDONIA (200-197)

I. — PRIMERAS OPERACIONES DE LOS ROMANOS EN GRECIA

Apenas había bajado del Capitolio el vencedor de Zama, y aun resonaban en los oídos los hacimientos de gracias, cuando uno de los cónsules fué en nombre del senado á decir á las centurias reunidas: «¿Queréis, ordenáis que se declare la guerra al rey Filipo y á los macedonios, por haber hecho agravio y guerra á los aliados del pueblo romano?» Todas las centurias á una rechazaron la proposición. Había ya bastante gloria y guerra, y sólo se deseaba reposo y paz; pero el pueblo romano no se pertenecía ya. Instrumento de una necesidad que él mismo se había impuesto, estaba invenciblemente impelido á la conquista del mundo. En vano hubiera querido detenerse en esta sangrienta vía, donde él mismo perderá su libertad: la victoria lo había hecho rey y era menester que aceptara los cuidados, los peligros y las gloriosas miserias de su reinado. «Los senadores, decía el tribuno Bebio, quieren eternizar la guerra para eternizar la dictadura.» El cónsul recordó el tratado con Aníbal, los cuatro mil macedonios enviados á Zama, las amenazas de Filipo contra las ciudades libres de Grecia y Asia, sus ataques á los aliados de Roma en Oriente, al rey de Pérgamo Atalo, á los rodios, y á Tolomeo Epifanes, el pupilo del senado. A la sazón sitiaba á la misma Atenas. «Atenas será una nueva Sagunto, y Filipo otro Aníbal. Llevad la guerra á Grecia, si no queréis tenerla en Italia. Id pues á votar, dijo terminando, y plegue á los dioses, que han aceptado mis sacrificios y dádome faustos presagios, hacer que decretéis lo que el senado ha resuelto.»

El pueblo cedió. Sin embargo, el senado tenía tan poca inquietud por este empeño que sólo armó seis legiones para Italia y las provincias, bien que la guerra se renovaba entonces en la Cisalpina, donde el cartaginés Amílcar sublevaba á los insubres.

Hemos visto más atrás cuál era la situación de la Grecia y del Oriente, las fuerzas y las alianzas de cada Estado. En Oriente, se había aliado Filipo con Antíoco III de Siria y Prusias de Bitinia, á fin de despojar de sus posesiones de Tracia y Asia á Tolomeo Epifanes, á quien defendían Rodas y Atalo de Pérgamo. En Grecia Nabís de Esparta, Atenas que acababa de cambiar con Rodas el derecho de ciudadanía, los etolios, que dominaban de uno á otro mar y ocupaban las Termópilas, eran sus enemigos declarados, y sus mismos excesos no le habían dejado más que amigos tibios.

El cónsul Sulpicio, encargado de combatirlo, condujo solamente dos legiones: Cartago le dió trigo, Masinisa nómadas, Rodas y Atalo barcos, y los etolios, después de alguna vacilación, sus jinetes que eran los mejores de Grecia. Nabís, sin declararse por Roma, estaba ya en guerra abierta con los aqueos.

Desde que las operaciones comenzaron, Filipo, con ser tan activo, se encontró como envuelto en una red de enemigos. Un teniente de Sulpicio, enviado en socorro de Atenas, incendió á Calcis, la principal ciudad de la Eubea; los etolios, unidos con los atamanes, saquearon la Tesalia; Pleurates rey de Iliria y los dardanos descendieron á Macedonia; en fin otro teniente llevó un reconocimiento hasta la Dasarecia.

Por esta parte fué por donde atacó Sulpicio, es decir por Licnidos y la futura vía Egnacia, dirigiéndose hacia la plaza fuerte de Heraclea (cerca de Monastir). Filipo llegó oportunamente para defenderla, y cerró á los romanos el desfiladero, desde donde hubieran podido descender á las fértiles llanuras de la Lincestide. Pero en aquellas montañas, la falange macedonia era inútil, y bien que Filipo hubiera reunido hasta veinticuatro mil hombres, no pudo impedir que el romano flanqueara su posición por el norte y desem-

bocara en la llanura por el camino de la Pelagonia. Sulpicio pues se encontró al cabo de algunos meses en el corazón de la Macedonia. Pero se acercaba el invierno, y sin almacenes ni plazas fuertes, no podía invernar en medio de un país enemigo: con esto volvió á Apolonia.

Durante el estío, la flota combinada expulsó de las Cícladas las guarniciones de Filipo, tomó á Orea y pilló las costas de la Macedonia (200). Algunos daños en el Atica, ligeras ventajas sobre los etolios, que habían invadido la Tesalia, y la toma de Maronea, rica y poderosa ciudad de la Tracia, no compensaban para Filipo el peligro de haber dejado que el enemigo llegara al corazón de su reino.

El nuevo cónsul Vilio encontró el ejército amotinado y pasó la campaña en restablecer la disciplina (199). Y no hubo de conseguirlo sino licenciando á los amotinados, que habiendo ido á esta guerra con la esperanza de una expedición rápida y de un rico botín, no habían tenido ni lo uno ni lo otro. A lo menos el sucesor de Vilio tuvo que llevar nueve mil soldados nuevos.

Animado por esta inacción, tomó ya el rey la ofensiva y fué á ocupar á las dos orillas del Aous, cerca de Antigonía, una posición inexpugnable que cubría la Tesalia y el Epiro, y desde donde podía cortar á los romanos sus comunicaciones con el mar, si continuaban la expedición de Sulpicio.

Acababa de elevar el pueblo romano al consulado á Tito Quincio Flaminino, bien que no tuviera más que treinta y dos años de edad, ni hubiera ejercido otro cargo más que la cuestura el año precedente; pero su reputación se había adelantado á sus servicios: además pertenecía á una de aquellas familias que ya se ponían por encima de las leyes. Buen general, mejor político, carácter flexible y astuto, más bien griego que romano, y de aquella nueva generación que abandonaba las tradiciones de los mayores por las costumbres extranjeras, Flaminino fué el verdadero fundador de la política maquiavélica, que entregó la Grecia sin defensa á las legiones.

Se ha querido hacer de él un segundo Escipión; pero no tiene la elevación ni el heroísmo del Africano. La sangre de



Moneda de Antíoco III (1)

Filopémenes y de Aníbal debe recaer sobre él. Ya lo veis: los caudillos de Roma disminuyen en grandeza, como los intereses que sirven.

Flaminino, al principio, no hizo más ni menos que su predecesor. La inútil tentativa de Sulpicio había mostrado á lo menos que la Macedonia era difícilmente atacable por las montañas del NO. y el ataque de la flota por el S. no había conducido sino á pillajes, y excesos que no terminaban nada. Quedaba que intentar el paso de frente; pero Filipo se había situado en una estrecha garganta entre dos montañas cuyas peladas y abruptas pendientes descendían hasta el río, que ocupaba casi toda la anchura del paso.

(1) Cabeza diademada de Antíoco III. En el reverso ΒΑΣΙΛΕΩΣ ΑΝΤΙΟΧΟΥ y un monograma; Apolo sentado en el *omphalos* ó punto central del mundo. Estatera del Gabinete de Francia.

Por espacio de seis semanas permaneció Flaminino enfrente del inexpugnable campamento de los macedonios. Todos los días venían á las manos en ligeras escaramuzas; pero «cuando los romanos intentaban trepar al monte, eran recibidos con una lluvia de dardos, que los macedonios lanzaban por los flancos, resultando muchos heridos y muertos de una y otra parte; pero no era para decidir ni acabar una guerra (2).» El desaliento llegaba, cuando Charops, un jefe epirota, cuyo país devoraba el ejército macedonio, suministró al cónsul los medios de salir de aquella peligrosa inacción. Envióle un pastor, que acostumbrado á conducir su ganado al desfiladero de *Cleisoura* conocía todos los senderos de la montaña, y ofreció llevar á los romanos en tres días á un sitio superior al del enemigo.



Tito Quincio Flaminino

Después de haberse cerciorado de la fidelidad del pastor, formó Flaminino un cuerpo escogido de cuatro mil infantes y trescientos caballos, les encargó que caminaran sólo de noche á la claridad de la luna, que bastaba en aquella estación para alumbrar los senderos, y que al llegar al sitio designado por el pastor, encendieran una gran fogata, cuya humareda anunciara á las legiones el buen éxito de la empresa. El cónsul se había asegurado del guía por dos medios eficaces: promesa de grandes recompensas, si era fiel; orden de darle muerte, si conducía la fuerza á una emboscada.

Para llamar la atención de los macedonios hacia la parte del río, se renovaron los ataques con frecuencia y con más empeño durante dos días; y el tercero, á la señal convenida, se elevó del fondo del valle un grito inmenso al que respondía el de las alturas que dominaban los reales de Filipo. Atacados de frente los macedonios y en peligro inminente de verse envueltos por la gente de arriba, se sobrecogen de espanto y emprenden la fuga sin detenerse hasta la Tesalia, á espaldas de las montañas del Pindo.

A la nueva de esta victoria, que daba el Epiro á Flaminino, se arrojaron los etolios sobre la Tesalia, y Aminander, rey de los atamanes, abrió á los romanos esta provincia por el desfiladero de Gonfi. No atreviéndose Filipo á arriesgar un nuevo combate, se retiró al valle de Tempe, después de haber entregado al pillaje el país llano, incendiado las ciudades abiertas y expulsado las poblaciones á las montañas.

Esta conducta de Filipo ofrecía un peligroso contraste con la seguida por los romanos, á los cuales hacía observar Flaminino la mas rigurosa disciplina, por lo cual sufrían más bien el hambre que cometer ningún acto de rapiña ni causar ningún daño en el Epiro. Con esto, abrieron sus puertas muchas plazas, y había llegado ya Flaminino á orillas del Peneo, cuando detuvo su marcha victoriosa la ruda resistencia de Atrax. Cerca de allí se alzaba la importante ciudad de Larisa que los macedonios ocupaban con numerosa fuerza, y el cónsul retrocedió.

En esta campaña la flota aliada hubo de tomar en la Eubea á Caristo y Eretria (198) «de donde se llevó muchas estatuas, cuadros de antiguos pintores y obras maestras de todas clases.» Los macedonios encontrados en estas ciuda-

(2) Plutarco, *Flamininus*, 5.

des tuvieron que entregar sus armas y pagar un rescate de 300 sestercios por prisionero.

En vez de perder el invierno como sus predecesores volviendo á sus cuarteles alrededor de Apolonia, condujo Flaminino sus legiones á Anticira, en el golfo de Corinto, donde las naves de Corcira (Corfú) y su puerto de abastecimiento, le aseguraban las provisiones de que tenía necesidad. Hallábase allí en el centro de la Grecia.

Mientras sus tropas tomaban las pequeñas ciudades de la Fócide y sitiaban la plaza fuerte de Elatea, que tomaron al fin, sus amenazas, los consejos de los amigos de Roma y nuevas hostilidades de Nabis, obligaron á los aqueos á aceptar su alianza. Había prometido entregarles la ciudad de Corinto; pero la guarnición macedonia rechazó todos los ataques y aun tomó á Argos, que cedió á Nabis. Este odioso tirano proclamó allí dos leyes: una para la abolición de las deudas, otra para la repartición de las tierras; lo que muestra bien el carácter que tomaban en Grecia todas las revoluciones de aquel tiempo. En cuanto á Nabis, luego que sacó de Filipo todo lo que podía esperar de él, se pasó al partido de los romanos, en el cual había entrado ya el resto del Peloponeso.

Interesábase á Flaminino terminar esta guerra con una paz honrosa y todavía más con una victoria, y habiéndole pedido Filipo una entrevista, muy luego se avistó con él, tomándose por una y otra parte las suspicaces precauciones de que tanto uso se hizo en la edad media. Túvose la entrevista á la orilla del mar en el golfo Maliaco. El rey fué á bordo de un navío de guerra escoltado por cinco barcos; pero rehusó saltar en tierra y parlamentó desde la proa de su nave.

«Estamos muy mal así, le dijo Flaminino; si saltaras en tierra nos entenderíamos mejor.» Y á la negativa del rey añadió: «¿Qué temas pues?—Yo no temo más que á los dioses inmortales, contestó Filipo; pero no tengo confianza en los que te rodean.»

El día se pasó en vanas recriminaciones. Pero el siguiente consintió el rey en bajar á tierra, á condición de que Flaminino alejara á los jefes aliados. Aceptada la condición saltó en tierra con dos oficiales; al cónsul acompañaba sólo un tribuno, y se convino en una tregua de dos meses, durante la cual el rey y los aliados enviarían á Roma una embajada. Los griegos expusieron primero sus agravios y cuando los macedonios quisieron contestar con un largo discurso, se les intimó que dijeran simplemente si el rey su señor consentía en retirar sus guarniciones de las ciudades griegas; y contestando que no tenían instrucciones sobre este punto, se les despidió. Era lo que Flaminino deseaba.

En la Grecia central solamente los beocios vacilaban todavía y Flaminino les pidió una conferencia. El estratega Antífilo salió á recibirlo con los principales tebanos. Flaminino se adelantó casi solo, con el rey de Pérgamo, habla á cada uno de los diputados, los lisonjea, los distrae, y hablando llega á las puertas y los conduce hasta la plaza pública arrastrando tras sí á todo el pueblo, ávido de ver un cónsul, de oír á un romano que habla tan bien su lengua. Pero dos mil legionarios seguían á cierta distancia, y mientras Flaminino retiene encantada á la multitud, se apoderan de los muros, y queda Tebas en poder de los romanos.

En esta campaña de invierno, campaña de nueva especie, Flaminino había conquistado la Grecia y reducido á Filipo á las solas fuerzas de su reino. Ahora podía atacarlo de frente. A la vuelta de la primavera fue á buscar á Feres en Tesalia á la cabeza de 26,000 hombres, de los cuales 6.000 eran griegos y entre ellos quinientos cretenses. Filipo, que de veinte años atrás venía gastando sus fuerzas en locas empresas, no pudo reunir 25,000 hombres, sino reclutando

hasta niños de diez y seis años. Sobre este número el ejército contaba 16,000 falangistas.

La diplomacia del senado, más bien que sus armas, había merecido los honores de la primera guerra macedónica. Esta vez la legión con sus rápidos movimientos y sus armas arrojadas, los dardos y el terrible *pilum*, iba al fin á venir á las manos con la falange de Alejandro, masa compacta, cuyos soldados formados á diez y seis en fondo y armados de lanzas de 21 pies de longitud, parecían una muralla erizada de picas. Desde la batalla de Queronea que había puesto á la Grecia á los pies de Macedonia, es decir, hacía ciento cuarenta y un años que la falange estaba considerada como el más formidable ingenio de guerra que el hombre hubiera encontrado.

Los romanos estaban á orillas del golfo Pagasético, al alcance de su flota, y Filipo en Larisa, su cuartel general. Los dos ejércitos salieron á encontrarse, y por espacio de dos días hubieron de marchar sólo separados por una cadena de montes, sin que ninguno de ellos sospechara tan peligrosa vecindad. Supóngase á Aníbal en el campo macedonio y Filipo hubiera podido decir de los romanos con más verdad que el Nicomedes de nuestro gran trágico:

Et si Flamininus en est le capitaine

Nous pourrions lui trouver un lac de Trasiméne (1)

La batalla se dió en junio de 197, cerca de Escotura, en una llanura sembrada de colinas llamadas *Cabezas de perros*, ó sea, en griego, *Cynoscephales*. Empeñóse la acción por la caballería etolia á pesar de los dos generales, y Filipo ni tiempo ni medios tuvo para ordenar su falange. En aquel accidentado terreno perdía su fuerza con su misma unidad, y el choque de los elefantes de Masinisa, un ataque hábilmente dirigido á retaguardia y la desigual presión de los legionarios la rompieron fácilmente, quedando ocho mil macedonios en el campo de batalla. La destrucción de esta falange, que los griegos creían invencible, les hizo admirar el valor y táctica de los romanos, que encomia también el mismo Polibio.

Filipo se refugió con el resto de su ejército en la ciudad de Gonnos, á la entrada de las gargantas de Tempe, por donde pasa el camino ordinario de Tesalia en Macedonia. Desde allí cubría su reino; pero no teniendo ya bastante fuerza ni aliento para continuar la lucha, solicitó entrar en tratos. Los etolios querían llevar la guerra al extremo; pero Flaminino les contestó ponderando la humanidad de los romanos. «Fieles á su costumbre de perdonar á los vencidos, no destruirán, decía, un reino que defendía á la Grecia contra los tracios, los ilirios y los galos,» y cuya existencia, no se atrevió á decir en alta voz, es necesaria á la política del senado para contrabalancear el poder de los etolios.

Filipo llamó sus guarniciones de las ciudades y de las islas de Grecia y Asia, que ocupaban todavía, dejó libres á los tesalienses, y entregó á los perreos, es decir á los romanos, la ciudad de Gonnos, que era la verdadera llave de su reino. Entregó también su flota, menos cinco barcos de transporte, licenció su ejército, menos cinco mil hombres, se comprometió á no tener ni un solo elefante de guerra, pagó quinientos talentos (2), prometió cincuenta como tributo anual por espacio de diez años, y juró no hacer ninguna guerra sin el asentimiento del senado.

(1) La ironía era sangrienta á los ojos de los que creían, como Corneille, que el vencedor de Filipo era hijo del vencido de Aníbal; pero los Flaminios eran plebeyos y patricios los Flaminios.

(2) M. Letronne ha calculado el valor de un talento de plata en 5,500 frs. 50 cént.; pero M. Dureau lo ha reducido á 5,216⁶⁶ Filipo había pagado ya 400 talentos para obtener la tregua.

Después de haberlo desarmado, se le humilló como rey obligándole á recibir y dejar libres é impunes á los macedonios que le habían hecho traición. Flaminino hasta estipuló la independencia de los orestinos, tribu macedonia, que se había sublevado, durante la guerra, y cuyo país era una de las llaves del reino por la parte de la Iliria romana. En garantía de estas condiciones Filipo dió rehenes, entre los cuales incluyeron los romanos á su hijo el príncipe Demetrio.

En el momento en que la Macedonia aceptaba este tratado desastroso, el rey de Siria Antíoco, á instigación de Aníbal, aprestaba sus fuerzas militares. «Poniendo oportunamente la paz entre estas dos guerras, dice Plutarco, terminando la una antes que comenzara la otra, arruinó Flaminino de un solo golpe la última esperanza de Filipo y la primera de Antíoco.»

Los comisarios adjuntos por el senado á Flaminino querían que guarniciones romanas reemplazaran á las del rey en Corinto, en Calcis y en Demetriada, lo que hubiera sido arrojar la máscara demasiado pronto. En efecto, los griegos hubieran comprendido luego al punto que con las *trabas de la Grecia* puestas en manos de Roma, toda libertad era ilusoria. La opinión pública, tan móvil en semejante país, era de temer: los etolios, los más aducados de todos, la agitaban ya con discursos y canciones. Afirmaban que su caballería había ganado la batalla de Cinoscéfalos, acusaban á los romanos de ingratos, pues desconocían sus servicios, y se burlaban de los griegos, que se creían libres por haberles puesto al cuello las cadenas que llevaban en lo pies.

Flaminino comprendió que el mejor medio de refutar estas acusaciones y vencer de antemano á Antíoco, que amenazaba pasar á Europa, era emplear contra él la misma arma que tan bien había servido contra Filipo: la libertad de los griegos.

II. — PROCLAMACIÓN DE LA LIBERTAD DE LA GRECIA

Durante la celebración de los juegos ístmicos, á los cuales había acudido toda la Grecia, un heraldo impuso de repente silencio y promulgó el decreto siguiente:

«El senado romano y T. Quincio, vencedor del rey Filipo, devuelven sus franquías, sus leyes y la inmunidad de guarniciones y de impuestos á los corintios, á los focenses, á los locrenses, á la isla de Eubea y á los pueblos de Tesalia. Todos los griegos de Europa y de Asia son libres.»

Un júbilo inmenso estalló á estas palabras. Dos veces se hizo repetir el decreto la asamblea, y por poco no perece Flaminino sofocado bajo las flores y coronas (1).

«Había, pues, exclamaban, había una nación sobre la tierra, que combatía á su costa y riesgo por la libertad de los pueblos, que pasaba los mares para derribar toda dominación tiránica, para restablecer en todas partes el imperio del derecho, de la justicia y de las leyes.»

Al libertador de la Grecia se erigieron, como á un semi-dios, templos que vió Plutarco en pié todavía tres siglos después, los cuales templos tenían sus sacerdotes, sus sacrificios y sus cantos sagrados. «Cantad, doncellas, cantad á Júpiter, á Roma y á Tito nuestro salvador.»

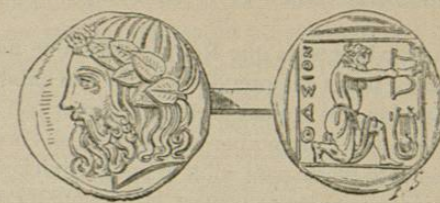
Así, el pueblo, que no sabía ya hacer grandes cosas por la libertad, sabía aun amarla con pasión y pagaba con una apoteosis su imagen engañosa. Cuando Flaminino se embarcó, le llevaron los aqueos mil doscientos prisioneros romanos de las guerras de Aníbal, que fueron vendidos en

(1) Plut., Flam., 10.

Grecia y ellos habían rescatado con su propio dinero: solamente los griegos sabían dar las gracias de esta manera (194).

Roma no tomaba nada de los despojos macedónicos. La Lócride y la Fócide volvían á la liga etolia; Corinto á la liga aquea; el rey de Iliria, Pleurates, recibió á Licnidos y el país de los partenios, limítrofe de la Macedonia y por consiguiente camino de ella; al jefe de los atamanes, Amnander, todas las plazas que había tomado durante la guerra; al pergamense Eumenes, hijo de Atalo, la isla de Egina; á Atenas, Paros, Delos é Imbros; á Rodas, las ciudades de Caria: Tasos fué declarada libre. Si las legiones quedaban en la Grecia, era porque se acercaba Antíoco, y los romanos querían defenderla, después de haberla libertado: así lo decían ellos.

Flaminino tenía también otras miras. A pesar de la donación de Corinto, los aqueos eran incapaces de resistir á



Moneda de Tasos (2)

Nabis, dueño de Gitió, Esparta y Argos. Este Nabis era un tirano abominable, cuya crueldad es famosa: no por eso dejó Roma de admitirlo en su alianza; pero lo expulsó de ella cuando creyó que no le era necesario. En una asamblea reunida en Corinto, representó el procónsul á los aliados la antigüedad é ilustración de Argos. «¿Debía dejarse una de las capitales de la Grecia en manos de un tirano? Que fuera libre ó esclava importaba poco á los romanos: su gloria de haber libertado á Grecia sería menos pura sin duda; pero si los aliados no temían por sí mismos el contagio de la servidumbre, los romanos no tenían nada que decir, y ellos se entenderían arreglándose al dictamen de la mayoría.» Naturalmente, los aqueos aplaudieron estos hipócritas consejos y armaron hasta once mil hombres (3).

Este celo hubo de inquietar á Flaminino, que si bien quería abatir á Nabis, no deseaba destruirlo; y sus retardos calculados, sus exigencias de dinero y de víveres llegaron á fatigar á los aliados. Muy luego lo dejaron tratar con el tirano, y este entregó la Argólida, Gitió y sus ciudades marítimas (195).

Así, Nabis quedaba en el Peloponeso contra los aqueos, como Filipo en el Norte contra la liga etolia. Roma podía llamar ahora sus legiones; porque con la bella frase de la libertad de los pueblos había hecho más imposible aún la unión, y aumentado los odios, la debilidad y las facciones. Cada ciudad tenía ya sus partidarios de Roma (4), como

(2) Cabeza de Baco coronada de hiedra. En el reverso ΘΑΣΙΩΝ. Hércules con la rodilla en tierra disparando el arco. Delante de él una lira. Tetradracma de Tasos.

(3) Flaminino tuvo hasta 50,000 hombres delante de Esparta (Tito Livio, XXXIV, 38), y Esparta sólo tenía muros en los arrabales bajos de la ciudad.

(4) Háblase de hombres comprados: Carope, en el Epiro; Dicearcos y Antífilos, en Beocia; Aristenes y Diófanes, en Acaya; Dinócrates, en Mesenia. Sin embargo, Polibio celebra las virtudes y el patriotismo de Aristenes, y Roma no era dada á comprar las conciencias á dinero contante, pues ejercía una corrupción menos baja y luego más eficaz y conducente. En aquellas repúblicas, como ya hemos visto, había siempre dos partidos: Roma tomaba uno de ellos bajo su protección, y con su influencia lo hacía llegar al poder. Así había procedido en Italia y así procederá en todas partes.

Tebas, donde acababan de asesinar al beotarca Braquilas; y aquellos hombres, en su ceguedad, empujaban la Grecia á la servidumbre. No era pues necesario ponerle trabas. Flaminio evacuó sin ningún temor las ciudades de Calcis, Demetriada y el Acrocorinto.

Antes de dejar la Helade ofreció una corona de oro al dios de Delfos y consagró en su templo unos escudos de plata en que había hecho grabar versos griegos que cele-

braban, no la victoria de Cinoscéfalos, sino la libertad devuelta á los pueblos helénicos. Era la consigna: los romanos querían parecer libertadores, y los griegos se prestaban á esta mistificación. En realidad, cuando Flaminio volvió á Roma á ceñir la corona de su triunfo, llevó este útil protectorado de la Grecia que todos los sucesores de Alejandro se habían disputado sin poder lograrlo (1) (194).

CAPITULO XXVIII

GUERRA CONTRA EL REY DE SIRIA Y LOS GÁLATAS (192-188)

I. — PRELIMINARES DE LA GUERRA CONTRA ANTÍOCO.

El fastuoso desinterés que Roma acababa de mostrar en Grecia y nadie podía comprender aún, era una hábil respuesta á la coalición que Aníbal pretendía formar con el mayor ahinco. Llevado á Cartago por una derrota, se encontró allí todavía bastante fuerte para subir al poder é iniciar las reformas que debían regenerar su patria. Hízose nombrar sufeta, y con el apoyo de sus veteranos y del pueblo derribó la tiránica oligarquía que se había formado durante la guerra (2). Los centunviro eran inamovibles y los hizo anuales; las rentas públicas se defraudaban indignamente, é introdujo en la administración un orden severo, exigió restituciones y puso el tesoro en estado de pagar el tributo prometido á Roma, sin necesidad de imponer sacrificios al pueblo (3). Las tropas regularmente pagadas, fueron en aumento, y esperando poder obtener de ellas mejores servicios, las ocupó en útiles trabajos en los campos. Al mismo tiempo para evitar un rompimiento prematuro condenó al destierro á su emisario Amílcar, que mantenía la guerra en la Cisalpina, dejaba á los romanos pronunciarse contra Cartago en una diferencia con Masinisa y les enviaba para la guerra de Macedonia 300,000 módios de trigo. Pero sus secretos mensajes apremiaban á Antíoco á romper las hostilidades, mientras Filipo resistía aún, los griegos vacilaban y los cisalpinos y los españoles estaban sublevados.

Cinoscéfalos echa por tierra sus esperanzas, y muy luego tres embajadores fueron á Cartago á exigir la cabeza de aquel infatigable enemigo de Roma. Escipión se había opuesto noblemente á semejante resolución: su leal valor comprendía á Aníbal atacado cuerpo á cuerpo y vencido; pero herido á mansalva, no. Al contrario, hacía mucho tiempo que el glorioso proscrito lo esperaba; pero una galera secretamente preparada lo llevó á Siria (145).

Halagado Antíoco III por los triunfos obtenidos los primeros años de su reinado, no reivindicaba menos que toda la herencia de Seleuco Nicator: en Asia, la Celesiria y la Fenicia, de que había desposeído al rey de Egipto, pupilo del senado romano, y las ciudades griegas cuya independencia acababa Roma de proclamar; en Europa, el Quersoneso de Tracia, donde fortificó á Lisimaquia haciendo de ella el ba-

(1) Tito Livio, XXXIII, 28. Flaminio no olvidó, sin embargo, que el senado y el pueblo exigían á sus generales que trajeran oro, y dió ingreso en las arcas del Estado á las cantidades de 3,713 libras de oro en barras, 43,270 libras de plata y 14,514 filipos de oro (Plut., *Flam.*, 14).

(2) Cartago no tenía ya ejército, y Aníbal había entrado con 6,500 de sus veteranos. (Ap. *Libyca*, 55.)

(3) Tito Livio, XXXIII, 46. El año 191 ofrecieron los cartagineses al senado romano pagar de una sola vez el tributo y enviarle granos por una cantidad enorme.

luarté de su imperio; la Tracia y la Macedonia misma, que se atrevía á incluir en sus temerarias pretensiones. Ganó á Bizancio con ventajas hechas á su comercio, á los gálatas con presentes y amenazas, al capadocio Ariarato dándole una de sus hijas y todavía procuró comprar la neutralidad del rey de Egipto ofreciéndole otra hija con la promesa del litoral sirio por dote.

En vano multiplicó el senado las embajadas, los consejos y las amenazas: Antíoco le contestó altivamente: «Yo no me mezclo en lo que hacéis vosotros en Italia; no os mezcléis tampoco vosotros en lo que yo haga en Asia.» La llegada de Aníbal decidió la guerra. Este grande hombre ofrecía volver á comenzar su segunda guerra púnica con once mil hombres y cien barcos. De paso, sublevaría á Cartago, y mientras él ocuparía á los romanos en Italia, el rey descendería á Grecia, reuniría todos sus pueblos, y á la primera noticia de las derrotas de Roma, vendría á darle el último golpe á esa quebrantada dominación.

Aníbal pues, quería intentar con el Oriente rico y civilizado lo que no había podido hacer con el Occidente pobre y bárbaro. Si no hubiéramos perdido los Anales de Ennio, nos veríamos acaso obligados á rechazar estos belicosos consejos de Aníbal: algunos fragmentos del poeta soldado muestran al héroe cartaginés más desconfiado, y Aulo-Gelio refiere de él unas palabras que confirmarían estas dudas. «¿Crees que esto baste á los romanos? decía Antíoco indicándole sus doradas tropas — Sí, por cierto, contestó Aníbal, por ávidos que sean.» Pero esta desconfianza no se manifestó hasta los últimos días, cuando vió que el rey desechaba sus consejos y lo mantenía aparte.

La perspicacia de la envidia había hecho ver á los cortesanos que aquel hombre no podía trabajar sino por su propia cuenta, y susurraban al oído de Antíoco que el cartaginés aun siendo fiel, se llevaría toda la gloria, si la campaña era feliz. Las visitas que Aníbal había recibido de uno de los embajadores romanos, y que éste había multiplicado con pérfida intención, lo habían hecho sospechoso.

Entre los enviados del senado, ha puesto la leyenda á Escipión el Africano para poner otra vez en frente al vencedor y al vencido de Zama en una conferencia que habrían debido tener en Efeso. «¿Quién es á tu parecer el primer general del mundo? hubo de preguntarle Escipión. — Alejandro de Macedonia, que con un puñado de hombres derrotó innumerables ejércitos y recorrió victoriosamente inmensos países. — ¿Y el segundo? — Pirro, que como ninguno supo elegir las posiciones para acampar, ordenar sus tropas en batalla y combatir. — ¿Y el tercero? — Yo, dijo Aníbal sin vacilar. Entonces se echó á reír Escipión y dijo: — ¿Y qué dirías, si me hubieras vencido? — En ese caso, me pondría por encima de los otros dos.»

Hay que contar estas cosas, porque se repiten en todas partes; pero no está uno obligado á creerlas. Es uno de esos diálogos que se redactan en las escuelas de los retóricos. A encontrarse Aníbal y Escipión después de diez años y en vísperas de una guerra formidable, hubieran tenido que decirse otras cosas más graves que las vanidosas preguntas del uno y el por demás ingenioso y sutil cumplimiento del otro. Uno solo de los embajadores, P. Vilio, fué á Efeso, y tuvo con Aníbal frecuentes entrevistas para apartarlo del servicio de Antíoco. No lo consiguió; pero el rey concibió sospechas, y desechando los consejos del héroe, dió oídos á las magníficas y vanas promesas del etolio Toas.

Hacía mucho tiempo que los etolios se jactaban de haber abierto la Grecia á los romanos y guiado por todas partes sus pasos. A creerlos, ellos mismos habían salvado la vida y el honor de Flaminio en Cinoscéfalos. «Mientras nosotros combatíamos, decía uno de ellos, haciendo una muralla con nuestros cuerpos, no se ocupó él en todo el día, sino en ceremonias de auspicios, votos y víctimas, como un sacrificador.» Habían creído heredar la dominación que Filipo había perdido, y los romanos ni aun les habían devuelto sus ciudades de Tesalia, ni la Acarnania ni Leucade, ni las ciudades que habían ellos conquistado; y que en los términos del tratado habrían debido pertenecerles.

Contrariados en sus intereses y humillados en su orgullo por la altivez de Flaminio, que sólo tenía palabras duras para ellos, se atrevían á compararse con Roma, soñaban guerras contra ella y la amenazaban ya con su campamento á orillas del Tiber.

En un mismo día, sin declaración de guerra, tres cuerpos etolios aparecieron delante de Calcis, Demetriada y Lacedemonia, esperando tomar estas plazas y desde ellas arrostrar á los romanos. Calcis los rechazó, Demetriada fué sorprendida, y en Esparta, donde se presentaron como amigos, degollaron á Nabis; pero se entretuvieron demasiado en el pillaje, dando así tiempo á que acudiera Filopémenes y los envolviera.

El general aqueo agregó á la liga la Esparta libertada y aquellas expediciones de bandidos todavía ligaron más estrechamente la Grecia al partido de Roma. Al mismo tiempo, para neutralizar la Macedonia, hizo el senado cundir el rumor de que iba á devolver á Filipo sus rehenes y á condonarle el tributo. En Africa, hacía que Masinisa hostigara á Cartago á fin de impedirle atender á las provocaciones de Aníbal (1); y viendo su flaqueza con el nómida, la servil solicitud de sus nobles en borrar y prevenir las sospechas de Roma, dejó de creerla temible. En España acababa Catón de tomar y desmantelar todas las plazas hasta el Betis, y en la alta Italia, en fin, abatidos por cien derrotas los galos, dejaban á los ligures protestar solos contra la servidumbre de los cisalpinos.

II.—ANTIOCO EN GRECIA COMBATE DE LAS TERMÓPILAS (192—191)

La oportunidad estaba mal elegida para atacar á Roma cuando todo cedía á sus armas, y ella misma extremaba su prudencia y actividad haciendo volver á Grecia al hábil Flaminio, situando un ejército en Apolonia, cubriendo de barcos y soldados las costas de Sicilia y de Italia, como

(1) Aníbal había despachado secretamente á Cartago al tirio Aristón que fué denunciado al senado (Tito Livio, XXXIV, 56). Según Cornelio Nepote (*Anib.*, 7) este general desembarcó en Cirene, y desde allí habría enviado á llamar á su hermano Magón. Pero espantado el senado de Cartago los proscibió á ambos á dos.

para rechazar la invasión más formidable. Cierta que los etolios habían prometido á Antíoco sublevar toda la Grecia y al mismo Filipo; que los diputados del rey de Siria lo presentaban atravesando los mares con todas las fuerzas del Asia y con bastante oro para comprar á la misma Roma; pero no era sino un comercio de intrigas y mentiras en que perdieron todos los interesados. Cuando Antíoco desembarcó en Demetriada (set. 192) llevaba consigo, en vez del ejército de Jerjes, solamente diez mil hombres de á pie y quinientos de á caballo, cuyos haberes tuvo que tomar prestados á crecido interés y cuya subsistencia puso á cuenta de los etolios (2).

En cuanto á estos, no le dieron ni siquiera un aliado. Era menester ganar á Filipo, y Antíoco lo irritó reclamando los derechos que tenía de Seleuco y sosteniendo las ridículas pretensiones del hijo de Aminander al trono de Macedonia. En su precipitada fuga, no había podido Filipo tributar los últimos honores á los soldados muertos en Cinoscéfalos. Antíoco recogió sus huesos en un sepulcro que hizo elevar por su ejército y esta piadosa solicitud fué para el macedonio un amargo reproche. Filipo contestó á estos agravios solicitando de Roma que le permitiera tomar las armas (3).

El rey de Siria procuró sin embargo hacer declarar á los aqueos por él, y en un *panachaicum* celebrado en Corinto, hizo su embajador con énfasis asiático prolongada enumeración de los pueblos que desde el mar Egeo hasta el Indo se armaban por su causa. «Todo eso, decía Flaminio, se asemeja mucho al festín de mi huésped de Calcis: en medio del estío estaba su mesa cubierta de los más variados manjares, de caza de todas clases; pero no eran sino las mismas carnes preparadas hábilmente. Mirad bien, y bajo esos tremendos nombres de medos, *cadusios*, etc., no encontraréis más que siri-»

La actividad de Flaminio hizo fracasar una conspiración en Atenas; pero Calcis, que no tuvo tiempo de socorrer, y toda la Eubea hicieron defección. La Beocia, agitada por hombres perdidos de deudas, la Elide y los atamanes siempre fieles á los etolios, siguieron este ejemplo. Muchas ciudades tesalianas, entre otras la plaza fuerte de Lamia, abrieron sus puertas á Antíoco.

Con todo eso, Aníbal seguía dando los mismos consejos, «No son, decía, no son esos pueblos flacos los que se han de atraer á la causa de Antíoco, sino á Filipo de Macedonia; si se niega á ello, rematadlo entre vuestro ejército y el que manda Seleuco en Lisimaquia. Llamad en fin vuestras tropas y barcos del Asia; estacionad la mitad de vuestra flota en Corcira, y la otra mitad en el mar Tirreno, y marchad sobre Italia.»

Pero en este vasto plan desaparecían los etolios y sus pequeños intereses; ellos hicieron perder la campaña en tomar una tras otra las ciudades de Tesalia, y durante el invierno, Antíoco, á pesar de sus cuarenta y ocho años, hubo

(2) Tito Livio, XXXV, 44. Llevaba además seis elefantes.

(3) *Ibid.*, 47. Sin embargo, Filipo dice que Antíoco le había ofrecido 3,000 talentos, 50 barcos de puente y la cesión de todas las ciudades griegas que le habían pertenecido antes. Pero Antíoco hizo sin duda sus ofrecimientos ó demasiado pronto ó demasiado tarde, porque Filipo veía claramente las ventajas que Roma sacaba de todas estas guerras. (Polib., XX, fr. 7.)

(4) Anverso, cabeza de Ceres; reverso, cabeza de buey. Dracma de Eubea, isla abundante en bueyes.



Moneda de Eubea (4)